

Reseña de:

♣ Capriles, M., Axel (2008). *La picardía del venezolano o el triunfo de Tío Conejo*. Caracas: Santillana, 187 págs.

La tonta viveza venezolana

Carlos Simón Bello Rengifo

Instituto de Ciencias Penales
Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas
Universidad Central de Venezuela
carlos.simon.bello@gmail.com

La búsqueda de una comprensión, quizás de una explicación, de la venezolanidad, más allá del enfoque en un determinado momento o proceso histórico-político, señala el sentido y razón de esta obra del profesor Axel Capriles, que con sobrados méritos sigue ganando reconocimiento en el presente venezolano, tan poco propicio a toda reflexión y pensamiento que avance en el conocimiento de nuestra realidad, que no porque nos perturbe nos debe alejar del ejercicio reflexivo que nos permita comprenderla cada vez más y mejor.

El pensamiento venezolano no ha abundado en esfuerzos conducentes a la comprensión de su historia, por mucho tiempo se ha detenido en una suerte de estática contemplación de un pasado que nos ata con ruda fiereza a sus epopeyas y a sus actores. Una excepción en la segunda mitad del siglo pasado es la obra de Herrera Luque.

Nuestra historia si bien ha sido jalonada por muchos acontecimientos, puede decirse que es monótona, no por la ausencia de sucesos y su casi generalizada inestabilidad, sino por la conservación de un mismo tono, que es tanto como decir conservadora, muy a pesar de las innumerables revoluciones que han caracterizado nuestro devenir político por casi doscientos años de un irredento y permanente renacer.



Capriles ofrece en estos inicios del siglo XXI una propuesta singular. Parte de considerar la psicología social como fundamento de toda posible comprensión y solución de nuestros más acuciantes problemas que, a su juicio, “no saldrán de su estancamiento hasta que no tomemos en cuenta las prelaciones psicológicas, hasta que no lleguemos al fondo de las actitudes colectivas que soportan el orden económico y político” (p. 174).

No puede negarse el mérito de su esfuerzo intelectual para determinar esas prelaciones, lo cual, al margen de la fragilidad de toda monocausalidad en estos tiempos del pensamiento complejo, es a todas luces conducido con toda claridad conceptual, por lo cual, a no dudar, se puede pronosticar que tiene asegurado un lugar importante entre las obras que han intentado encontrar respuestas a la realidad venezolana, cargada de retos, interrogantes, frustraciones y victorias... casi siempre en una misma clave.

Capriles, para alcanzar su cometido, realiza un estudio de las profundidades psíquicas del pícaro, figura universal que en Venezuela goza de singular salud y presencia, para remontarse a su conexión con el mito del héroe. Gracias a esta articulación demuestra el por qué y cómo del comportamiento del venezolano, o, lo que es lo mismo, de nuestra realidad como país.

En un primer momento, aborda el “mito fundamental” del héroe, según la perspectiva de la psicología profunda. El héroe se eleva ante la conciencia del colectivo como un individuo excepcional y digno de la mayor exaltación, que contiene, por contrapartida, el germen del mal social del egocentrismo que afecta la relación entre iguales, pues al fin y al cabo, el héroe, signado por su afán de gloria e inmortalidad, encarna el afán de ser recordado precisamente por su excepcional condición que de suyo niega la posibilidad de compartir todo éxito con cualquier otro mortal. El héroe personifica no sólo la excepcionalidad, sino también el más excelso individualismo y orgullo imantados por la pasión egoísta de quien vive para ser eternamente recordado como un hombre superior a cualquier otro.

Cuando la sociedad destina sus energías al culto heroico, frena su propia creatividad y desarrollo, no sólo porque se vuelca hacia el pasado, sino también porque el desvío de su energía creadora hacia un emblema de pasión individualista le sustrae la potencia mental y física, para acometer su propio plan de realización existencial desde un presente vital, no absorbido y mutilado por una memoria tan épica como estéril.

El héroe no impulsa la creación ni la lucha por sociedades igualitarias y equilibradas, pues, antes por el contrario, engendra concepciones despóticas, o sea, de desigualdades. Nadie más desigual que un héroe. Por eso, de su culto no surge el espíritu que alienta las sociedades democráticas y equilibradas por el consenso. En el culto al héroe se anida el culto a la guerra y al pillaje que muchas veces caracterizan el tránsito del héroe por este mundo. El heroísmo es un código de guerra y pillaje, vinculado al fanatismo, alejado del consenso. “Es una legitimización de la violencia” (p. 35).

En pocas palabras, el héroe es un germen patógeno que propicia sociedades despóticas, desequilibradas, propicias al fanatismo y al culto a la personalidad, sin energía de cambio y con escasa o nula capacidad de adaptación a su tiempo y contexto presentes,

desdeñados por su opacidad ante el brillo reluciente de un pasado dorado, siempre añorado, que sustituye la acción por el recuerdo.

En el caso venezolano, no hay duda, y ya hay obras muy reconocidas que han analizado esta patología, del culto al héroe encarnado por la figura de Simón Bolívar, cuya memoria ha tenido un efecto hegemónico en la vida y quehacer de Venezuela. No ha habido aspecto ni espacio que no haya sido tocado por Bolívar y su influencia, aún presente.

Este culto ha sido utilizado, como muy bien destaca el profesor Capriles, por la clase política para la manipulación de las masas que, carentes de un ideario propio y de un sentido de pertenencia y realización de su vida y su presente, son fácilmente arrastradas por quienes aspirando o detentando el poder, alientan pasiones infectadas por el sectarismo y la irracionalidad. A falta de un presente y del empeño por un futuro propio y distinto, bien cabe la sustitución por la permanente evocación de un pasado heroico que compensa la inanidad del presente y la falta de futuro.

Hasta acá pareciera que la obra del destacado psicólogo venezolano, luego de una muestra de erudición literaria y mitológica, no aporta elementos novedosos al examen del culto al héroe en la cultura venezolana. Sin embargo, lo más sugerente de su pensamiento está en la relación que establece con la figura y psicología del pícaro, versión hispana del arquetipo universal del *trickster* o bellaco, como la contracara del héroe. Sostiene rotundamente que el héroe convoca necesariamente al pícaro: “El héroe y el pícaro se dan la mano como actores compensatorios de una misma paradoja histórica, personificaciones de un juego de contrarios que ha estado presente desde nuestro pasado más remoto” (p. 49).

La caracterización del pícaro, producto histórico que aparece en disímiles culturas y países, no sólo latinos, y la razón psicológica de su asociación con el héroe son eslabones decisivos para el desarrollo de la obra. La contundente descripción psicológica del pícaro aparece en distintas partes de la obra, con inclusión muy ilustrativa de sus distintos exponentes en culturas también distintas. Claro, no es patrimonio exclusivo de Venezuela, ni de España, ni de los países americanos del sur. Las obras literarias incluidas en el análisis del autor son claro testimonio de ello. Astuto, vivaz, ingenioso, ocurrente, alegre, vivaracho, elocuente, son algunas de las características que despiertan la simpatía hacia el pícaro, que en el caso venezolano, es representado por Tío Conejo.

El pícaro es una figura mítica que potencia la creatividad, la innovación, la agilidad ante el cambio, rasgos que animan la benevolencia hacia su comportamiento; pero se suman menos positivas: la desconfianza, el recelo o la suspicacia, desprecio hacia la vida industriosa y ordenada. No todo es simpático ni positivo.

Sin compartir la tesis monocausal de Herrera Luque, que califica de “*demasiado simple*” (p. 101), nuestro autor reconoce como hecho histórico que la mayoría de los conquistadores españoles burlaban los controles de las cédulas de Indias, pues no cumplían con las condiciones impuestas por la legislación española. Eran fundamentalmente segundones, plebeyos, antiguos guerreros y, en general, personas sin oficio en búsqueda de fortuna y prestigio. Ya desde entonces la Ley y los principios se tornaban inoperantes en una sociedad salvaje, primitiva y soberbiamente ansiosa de respuestas y actitudes que la

Corona no osaba siquiera vislumbrar. Se inventaron nuevas reglas y actitudes al margen de lo ordenado. Violar la ley era desde entonces funcionalmente operativo para la sobrevivencia. Era el lado oscuro del europeo conquistador.

Como dice el autor, “la sociedad venezolana se acostumbró a evadir la burocracia y los controles oficiales para desempeñarse al margen de las normas. La viveza no es un antojo, sino una necesidad”.

Cuando la picardía se traslada al plano colectivo, se desvanece su lado positivo. La sociedad pierde entonces todo cauce y plan concertado de futuro y de realización, pues el pícaro por definición carece de plan de vida, vive en y de la incertidumbre.

El hecho cierto es que en la sociedad venezolana el pícaro se insertó como modelo de vida, y dejó de ser sombra para convertirse en persona en medio de un intrincado y complejo proceso histórico.

A través de la *persona*, concepto que no representa algo real sino una apariencia, el individuo se comunica con la sociedad, ya que cumple una función de adaptación. Sin embargo, en ocasiones, se apropia del yo profundo y se identifican. Entonces se pierden los otros componentes psíquicos y se produce un menoscabo de la personalidad.

Un elemento de la máscara es el pícaro.

En España, a diferencia de lo que sucedía en las sociedades del naciente capitalismo, por el menosprecio al trabajo manual y al comercio, no se fortaleció la clase media. Sólo había oxígeno para los nobles y los pícaros que exportaron a América su visión y anhelos: *los españoles que conquistaron y poblaron América llevaron consigo los mismos valores y anhelos, la misma visión y orientación existencial que las que poseían los peninsulares*. Fueron determinantes psíquicos según Capriles.

En el lado consciente, el conquistador se sentía un heredero de Santiago, en el otro lado, el oscuro, el pícaro seguía actuando como su sombra, disociado de su vida consciente. Ante el hercúleo reto que significó la conquista de América, el conquistador recurrió a respuestas insólitas que no hallaba en su conciencia, pero sí en su sombra que pobló entonces la soberbia tierra y sociedad del Nuevo Mundo. *La imagen del pícaro oculto en las naves que atravesaron el ancho mar*. El conquistador se halló ante una nueva tierra con retos desconocidos e insólitos, ante los cuales los principios éticos se hicieron inoperantes y contraproducentes para sobrevivir y enfrentar los inéditos retos de la nueva vida en el nuevo mundo.

Y entonces la sombra se hizo persona.

A esta razón histórica, se añade el culto al mito del héroe de una sociedad que nace, contrariamente a la del norte, desnuda de memoria institucional, divorciada de un pasado del cual sigue renegando. No sólo se trataba de inventar fronteras y hábitos republicanos, se trataba de inventar sociedades y naciones, para cuya construcción no existían valores compartidos. Capriles explica psicológicamente este proceso, dice Capriles, diciendo que hubo una activación del arquetipo del pícaro ante una situación nueva y de transición, ante los cuales el pícaro es definitivamente funcional. Así, el conquistador no fue capaz de

reconocer su propia bellaquería, y antes por el contrario se contemplaba como un caballero heroico.

En el caso venezolano, se presenta lo que el autor llama *individualismo anárquico* que no es otra cosa que la desconfianza ante la norma y las instituciones, la búsqueda de soluciones por otros mecanismos, por lo que el desorden priva paradójicamente frente a un excesivo burocratismo, abundancia de leyes y normas presentes a lo largo y ancho de la vida cotidiana del venezolano de hoy, que junto a la inflexibilidad, el autoritarismo y la rigidez constituyen el lado oscuro del inconsciente colectivo: “Ya que la formalidad y el orden son ajenos a nuestra visión del mundo, cuando se materializan lo hacen en demasía, de manera inapropiada y fuera de lugar, por sobrecompensación de lo faltante” (p. 141).

Pero no se trata solamente de una actitud, se trata también de un sentimiento, de una tonalidad afectiva que se asocia a la emoción de la transgresión como guión existencial que no es más que una sensación de libertad con una cierta liviandad *llena de humor y gracia*. “El desprecio de las relaciones sociales normadas por principios generales está enclavado en el centro de nuestra concepción de la autoridad y el poder” (p. 144).

De estas conclusiones del autor, puede desprenderse que el desorden como regla de vida, la gracia como rasgo de carácter y la sensación de libertad como sentimiento predominante se asocian con la debilidad de las instituciones democráticas y jurídicas que ha caracterizado la historia venezolana, en cuyos orígenes el norte de la acción política y militar fue la conquista de la libertad, antes que la organización democrática y jurídica de la sociedad, y la libertad sin orden es propicia a la anarquía, más aún si los referentes psicosociales le son favorables.

Hay que entender que la libertad buscada y sentida es fundamentalmente una “*insumisión rebelde*” (p. 150), no entendida según el contexto normativo de los derechos fundamentales. Se trata más bien de un personalismo a ultranza. La ruptura total con el pasado, simbolizada en el Decreto de Guerra a Muerte, aniquiló toda la institucionalidad heredada y su lugar no fue colmado por otra nueva, sino, por el contrario, por los vínculos personales del caudillismo que impidieron el surgimiento de un nuevo contrato social y la emergencia de una normatividad general de obligatorio acatamiento. Sin contrato no hay necesidad de norma, al menos no hay conciencia de su ausencia, ni la sentida necesidad de alcanzarla.

Sin embargo, la norma es necesaria para el control de la bestia y es la que permite la internalización de la sociedad en cada individuo, lo que no ha sido posible en nuestra historia signada por el despotismo, el personalismo, la violencia y la dictadura, sentencia sin error Capriles.

La falta de norma como regla de vida social y su contracara del desorden y el autoritarismo, no son inconvenientes para el desarrollo social del pícaro, pues este sólo vive para su interés personal, individual y el inmediatismo en la satisfacción de sus intereses y necesidades de suyo intrascendentes. Por eso no se enfrenta al poder autoritario, le evade con astucia, sin choque.

Pero lo característico de la bellaquería venezolana no está en estos elementos, sino básicamente en la *celebración*. Es su signo distintivo. Se recibe con entusiasmo en todos los

niveles sociales, se aplaude. Puede que en público se le condene, pero en el fuero interno, en la conversación privada, en la familia, en los círculos más reducidos que constituyen el tejido celular de la nación, es apreciada. Aún más, incentivada, aun cuando también se le guarde recelo y desconfianza, pero se trata de una ambivalencia propia del fenómeno: “*el pícaro no sólo engaña, sino que teme ser él mismo engañado*” (p. 163).

La pregunta final es si Tío Conejo sigue teniendo vigencia en nuestra realidad. La dolorosa respuesta de Capriles es afirmativa. Que nuestra historia es repetitiva. Monótona, dije antes. Pero, pese a todo, hay una esperanza: si tomamos en cuenta las prelações psicológicas, que el autor se cuida de denominar, condiciones, podemos alcanzar la comprensión y solución de nuestros problemas sociales más acuciantes. Es la promesa de Axel Capriles.

En mi opinión, sin embargo, la comprensión de nuestros condicionamientos psicosociales e históricos, son la condición inicial de un proceso de cambio, que en nuestro caso sí sería verdaderamente revolucionario pues acometería el cambio de nuestras pesadas y bicentenarias estructuras históricas. Y digo condición inicial, porque es preciso el acometimiento de acciones que se inserten en el hecho psicosocial e institucional para empujar un cambio profundo de nuestro modo de ver, de sentir y de relacionarlos el mundo y nuestra propia realidad que de este modo será significativamente transformada.

La pérdida de libertades, la ausencia de norma, el irrespeto al Derecho, como orden superior de relación y como atributo del otro, ha sido nuestra constante histórica. Revertir el desorden en orden y el anarquismo en libertad ordenada según instituciones es el reto. Obras como la de Axel Capriles inspiran e impulsan hacia ese cambio. La única revolución necesaria en nuestra historia republicana.

Nota: *Para consultar el sumario o relación de contenidos del libro, pulse “Ficheros adicionales”, en “Herramientas de lectura”.*

